

PILAR ZAPATA

LA OUIJA

(Tragicomedia en dos Actos y un Epílogo)

A Maqui

PERSONAJES

(El hecho de que tres personajes sean dobles es por estricta exigencia del guión.)

RAMIRO

MAGDALENA-CARCELERO

ENRIQUETA-JANTIPA

JOAQUÍN-PLATÓN

VOZ de Fedón.

VOZ de Apolodoro.

SUGERENCIA PARA EL ESCENARIO

El escenario puede ser, con pequeños cambios, el mismo para toda la función: una habitación que tiene una puerta al fondo; a la derecha, una ventana, y bajo ella un canapé que hará las veces de diván o de camastro; a la izquierda, una mesa con capacidad para que se sienten a ella cuatro personas.

En el I Acto y en el Epílogo, representa el comedor de RAMIRO y MAGDALENA. Alrededor de la mesa hay cuatro sillas. El canapé se puede convertir en diván poniendo unos cojines, y la estancia se puede adornar con cuadros, lámparas, flores....

En el Acto II representa la cárcel de SÓCRATES. El canapé sin cojines, y las paredes, desnudas. La mesa está arrimada a la pared, y junto a ella, dos banquetas toscas. La ventana tiene una reja y a través de sus barrotes se cuelga la rama de una parra y hojas y flores de algún arbusto.

ACTO I

(Comedor de RAMIRO y MAGDALENA. Sobre la mesa, hay un vaso de whisky mediado.)

(JOAQUÍN y RAMIRO conversan de pie. Ambos son cuarentones. RAMIRO va vestido con camisa y jersey. JOAQUÍN, de traje, habla en tono pedante y con voz engolada. RAMIRO se dirige a él con respeto.)

JOAQUÍN- Es difícil citar a un autor con propiedad cuando es anterior a la imprenta, Ramiro, sobre todo porque, por desgracia, las “lectio” no son siempre “dificilior”. Cierto que la Bibliografía es una ciencia viva, en pleno auge...

RAMIRO- (Impaciente, harto de escucharle.) Sí, eso sí, tienes razón... (En voz baja, mirando hacia la puerta.) Oye, ¿por fin vamos a hacer lo de la copa?

JOAQUÍN- Ouija, mi querido Ramiro. Se llama ouija. Y sí, vamos a hacerlo, para que nos dejen en paz las señoras. Y también porque quizá sea una forma de conocernos mejor a nosotros mismos. (Creciéndose en el discurso.) “Conócete a ti mismo”, ése es mi lema, siguiendo a Sócrates. Me parece una consigna formidable.

RAMIRO- (Automáticamente.) Sí, eso sí, tienes razón... (Con viveza.) ¿Tú...? ¿Tú ya lo has probado?

JOAQUÍN- Por supuesto.

RAMIRO-Y ¿qué tal?

JOAQUÍN-Cuesta lo suyo llegar a ello, pero, cuando lo consigues, es algo maravilloso.

(*Carraspea.*) Por lo menos, en mi caso ha sido así.

RAMIRO (*Asombrado.*) - ¿Sí? ¿Tanto?

JOAQUÍN- ¿Tan raro te parece? Pues te diré que, modestia aparte, profundizar en mí mismo es una de las mayores satisfacciones que me ha dado la vida.

RAMIRO-¿Cómo “profundizar en ti”? ¡Yo estaba hablando de la ouija!

JOAQUÍN- ¡Ah, la ouija! ¡Ya se me hacía a mí raro que tú te interesaras por Sócrates!

No sé mucho de eso. Lo vi hacer el otro día por primera vez, pero no quise participar en el evento porque... Porque no había gente de confianza, y he de mirar por mi prestigio, claro.

RAMIRO- Claro. Oye... ¿y funciona?

JOAQUÍN- (*Abandona por un instante su actitud petulante, y agarra a RAMIRO del brazo.*) Sí se movía, sí...

RAMIRO- ¡Qué emocionante!

JOAQUÍN- (*Recuperando su altanería.*) Tal vez. Yo, la verdad, ignoro lo que significa la palabra “emoción”, y pretendo ignorarlo cada día más. Solamente aspiro a saber que no sé nada, como decía Sócrates. Aunque yo, en mi humilde opinión, sé algunas cosas...

RAMIRO- (*Con fervor.*) Sí, eso sí, tienes razón. Y tu opinión no es humilde. ¡Tú eres un sabio! Magdalena me dice siempre que...

(*Entran ENRIQUETA y MAGDALENA, también de unos cuarenta y tantos años. Hablan y se ríen muy atareadas. MAGDALENA es sencilla y vivaracha. ENRIQUETA, más seria y peripuesta. Se acercan a la mesa central, y MAGDALENA coge el vaso.)*

MAGDALENA- ¿De quién es esto? (*Sin esperar respuesta.*) Lo pongo aquí. (*Lo deja en la mesita del sofá.*)

(*ENRIQUETA y MAGDALENA distribuyen en la mesa central una serie de papelitos alrededor de una COPA, que ENRIQUETA pone boca abajo.*)

ENRIQUETA- Magda, ¿estás colocando las letras por orden alfabético?

MAGDALENA- Sí, sí. ¡Ay, chica, qué miedo! ¡Mira que si nos sale el demonio!

ENRIQUETA- ¡No, mujer! ¡Si esto lo hace todo el mundo...! Ahora se ha vuelto a poner de moda, pero es más viejo que el taparrabos de Adán... El “sí” y el “no” van ahí, en el centro, al lado de la copa. (*Los coloca, y acaba de distribuir las letras.*) Así. (*A JOAQUÍN y a RAMIRO.*) Venga, ya podéis sentaros.

MAGDALENA- (*En general.*) ¿Queréis tomar algo más?

JOAQUÍN- De momento, no, gracias. Acabo de terminarme la cerveza.

(*RAMIRO da un sorbo al vaso que MAGDALENA ha dejado en la mesita ante el sofá.*)

(Se sientan MAGDALENA y ENRIQUETA a la mesa muy excitadas, una frente a la otra. Las banquetas que quedan a ambos lados las ocupan primero RAMIRO, y por último JOAQUÍN con altiva desgana.)

ENRIQUETA- Ahora tenemos que poner el dedo índice de la mano derecha en la base de la copa. Así... (Lo hace.)

MAGDALENA- (Despacito, para no equivocarse.) El dedo índice de la mano derecha...

(Lo pone. Se suman RAMIRO, y después, JOAQUÍN.)

ENRIQUETA- ¿Estamos? Pues cerrad los ojos y concentraos...

(Pasan unos segundos en silencio; luego se oye una risa ahogada.)

MAGDALENA- (Enfadada, a RAMIRO.) ¡No te rías, Ramiro! ¡No tiene gracia!

ENRIQUETA- ¡Sssch! Abrid los ojos. (Se dirige a la COPA, muy seria.) ¿Hay algún espíritu dentro de ti? (La COPA avanza lentamente, con los cuatro dedos encima, hacia la izquierda.) ¡Sí, va hacia el “sí”!

MAGDALENA- ¡Ay qué miedo, madre mía!

ENRIQUETA- (A MAGDALENA, con severidad.) ¡Calla! (En general.) ¡Sí que hay un espíritu! (A la COPA.) Espíritu, ¿puedes decirnos cómo te llamas? (La COPA se mueve despacio, arrastrando tras de sí los dedos, y se detiene en una letra. Todos la siguen, inclinándose sobre ella.) “P”. Muy bien, sigue, sigue... (La COPA avanza hacia otra letra.) “L”. (Mismo juego.) “A”. Muy bien, perfecto: “P”..., “L...”, “A”.... Continúa,

por favor... (La COPA va a otra letra.) “T”... “Plat...” ¿Qué más? (Mismo juego.)
“O”...

JOAQUÍN- “N”.

MAGDALENA- (Cuando la COPA vuelve a detenerse, muy excitada.) ¡Sí, “N”!
¿Cómo lo sabías?

JOAQUÍN- (Irónico.) ¡Nada menos que Platón! ¡Qué casualidad!

ENRIQUETA- ¡Ssschhh! (A la COPA.) ¿Platón? ¿Eres de verdad Platón?

JOAQUÍN- (Quita el dedo.) Precisamente cuando éste y yo estábamos hablando de Sócrates. Hay alguno de vosotros que es muy gracioso...

RAMIRO- (Le imita.)- Sí, eso sí, tienes razón...

JOAQUÍN- No has debido de entenderme, Ramiro.

RAMIRO- Pues no...

ENRIQUETA- (Enfadada, a JOAQUÍN y RAMIRO.) ¡Vamos! ¿Queréis poner el dedo?

JOAQUÍN- (A RAMIRO, acusador.) ¡Es una broma de muy mal gusto mezclar a Platón con estas... paparruchas! Me siento ofendidísimo por él y por mí...

RAMIRO- Pero ¿quién le ha mezclado? Porque yo, desde luego, no he movido el dedo. Era la copa la que iba tirando de él.

MAGDALENA- ¡Eso es verdad! Del mío también...

ENRIQUETA- ¡Por supuesto! ¡Es que se mueve sola! ¿O creéis que iba a estar yo perdiendo el tiempo aquí sentada, si no hubiera visto que realmente funciona? ¡Y

funciona! El otro día, en casa de Loreto, salió el espíritu de la suegra de una amiga de ella, que no estaba allí, y ¡nos contó unas cosas de su nuera...! Cosas que no sabíamos y que luego resultó que eran verdad. ¿No te acuerdas, Joaquín?

JOAQUÍN- Me acuerdo, sí, aunque lo que a mí me pareció es que alguna de vosotras estaba aprovechando la ocasión para poner a caer de un burro a la amiguita ausente, como si fuera la copa la que hablara...

ENRIQUETA- ¡Qué tontería! Para eso no hacía falta montar todo el tinglado: la habríamos criticado tranquilamente entre nosotras, sin que estuviésemos delante los maridos.

MAGDALENA- Así que la suegra, muerta y todo, puso verde a la nuera... ¿Y cómo os enterasteis de que era verdad lo que decía?

ENRIQUETA- Atando cabos. Entre una, que sabía un poquito, y otra, que sabía otro poquito...

MAGDALENA- ¡Ay, cuánto me hubiera gustado estar allí! ¡Tienes que contármelo todo, Enri!

ENRIQUETA- ¿Para qué, si no las conoces? El caso es que la mujer, la difunta me refiero, acertó de pleno en lo que dijo, y yo, que iba pensando que esto de la ouija era un engaño bobos, salí impresionada. Y Joaquín también, aunque él diga que no.

JOAQUÍN- (*Entre burlón y condescendiente.*) ¡Bueno, bueno...!

ENRIQUETA- Venga, vamos a lo que vamos. ¡Poned el dedo, por favor! (JOAQUÍN *lo pone*, y RAMIRO *le imita.*) ¡Y concentraos!

RAMIRO- (*En broma, mirando a JOAQUÍN en busca de su aprobación.*) Eso, aunque sólo sea por Platón, que lleva un rato esperándonos. ¡Una persona de su categoría! (JOAQUÍN le ignora.)

ENRIQUETA- (*Indignada.*) Ramiro, ¿te lo tomas en serio, o lo dejamos?

RAMIRO- (*Se apresura a integrarse en el asunto.*) No, por mí, que no quede...

ENRIQUETA- (*A la COPA.*) Bueno, vamos a ver, Platón, ¿sigues ahí? (*La COPA va a la izquierda.*) Sí, sigue. ¡Menos mal! ¿Quieres decirnos algo? (*La COPA continúa su avance.* ENRIQUETA, *solemne.*) Te escuchamos, Platón... (*La COPA va de un lado a otro, deteniéndose a veces, mientras ENRIQUETA deletrea en voz alta.*) “V”..., “E”..., “N”..., “G”..., “veng...”, “vengo”. Sigue, por favor... “A”..., “B”..., “U”..., “S”..., “C”..., “A”..., “R”..., “a buscar”... ¿Qué vienes a buscar, Platón?

MAGDALENA- (*En un suspiro agónico de emoción.*) ¡Aaahhh! ¡Esto es más emocionante aún que lo de tu amiga!

ENRIQUETA- (*A MAGDALENA.*) ¡Calla! (*A la COPA.*) ¿Qué has venido a buscar, Platón? “A”..., “S”..., “O”..., “C”..., “R”..., “asocr”, muy bien, sigue, “A”...

JOAQUÍN- “A Sócrates”.

ENRIQUETA- (*A JOAQUÍN.*) ¡Cállate, hombre! (*A la COPA.*) Perdona, Platón... “Asocra”..., “T”..., “E”..., “S”...

JOAQUÍN- (*Con ironía.*) ¡Muy natural! Para llevárselo de vinos. O para invitarlo al famoso banquete.

ENRIQUETA- ¡Calla, Joaquín! (A la COPA.) Pero, bueno, Platón, Sócrates no está aquí... (La COPA avanza hacia la izquierda. A MAGDALENA, con cara de susto.) Dice que sí, que está aquí...

MAGDALENA- ¡Ay! ¡A mí me va a dar algo!

ENRIQUETA- ¡Callad! (A la COPA.) Y ¿dónde está, Platón? (La COPA avanza hacia RAMIRO y se queda plantada ante él.)

MAGDALENA (Se inclina a mirar.)- Se ha quedado entre la “K” y la “L”.

ENRIQUETA- Dinos, Platón: ¿“K” o “L”? (Hay una pausa en la que la COPA permanece inmóvil.) ¡Nada! ¡No se mueve!

RAMIRO- (Riéndose.) Joaquín, afloja el dedo, que esto no anda.

JOAQUÍN- No digas tonterías, Ramiro.

ENRIQUETA ¡Scchh! ¡Callaos! (A la COPA con paciencia.) A ver qué nos dices, Platón, que no te entendemos... Deletréanoslo como antes. (A JOAQUÍN, MAGDALENA y RAMIRO.) Vamos a llevarla en el centro otra vez. (JOAQUÍN, MAGDALENA y RAMIRO levantan el dedo, y ENRIQUETA coloca la COPA en el centro.) Poned los dedos. (La obedecen.) Y concentraos, por favor. (A la COPA.) Venga, dinos dónde está Sócrates... (La COPA avanza con rapidez y se detiene ante RAMIRO.)

MAGDALENA- ¡Se ha parado otra vez en el mismo sitio!

ENRIQUETA- No, no, Platón, así no. ¡Con lo bien que lo has hecho hasta ahora! ¿Cuál de las dos es, la “K” o la “L”?

MAGDALENA- *(Con un hilo de voz.)* Yo creo que... no está señalando ninguna letra.
A mí me parece que..., que señala a Ramiro...

RAMIRO- *(Con una risa falsa, para ocultar su aprensión.)* Sí que lo parece, sí...

ENRIQUETA- *(A la COPA, con voz paciente, como el que habla a un niño.)* No, Platón, eso no puede ser...

MAGDALENA- *(A la COPA.)* Éste es Ramiro, mi marido.

JOAQUÍN- ¡Es que no se ha parado delante de Ramiro! ¡Se ha parado entre la “K” y la “L”!

ENRIQUETA- Ven aquí, anda... *(Coge la COPA, mientras JOAQUÍN, MAGDALENA y RAMIRO quitan los dedos, y la coloca en el centro de la mesa. JOAQUÍN, MAGDALENA y RAMIRO vuelven a apoyar el dedo.)* Es que tenéis que concentraros más. *(A la COPA.)* Dinos dónde está Sócrates para que podamos ayudarte... *(La COPA vuela y se para frente a RAMIRO.)*

MAGDALENA- *(Temblorosa.)* Pregúntale si es Ramiro, Enriqueta...

ENRIQUETA- *(A MAGDALENA.)* ¿Cómo voy a preguntarle semejante bobada?

JOAQUÍN- Estoy de completo acuerdo: es una pregunta estúpida. Evidentemente Ramiro no es Sócrates.

RAMIRO- *(Con aire divertido.)* ¡Si todavía hubiera dicho Joaquín, que sabe tanto de eso...! ¡Pero yo...!

MAGDALENA- ¿Es que no os creéis lo que dice la copa?

JOAQUÍN- Permítenos que lo dudemos, Magdalena.

MAGDALENA (*Con ansiedad, a JOAQUÍN.*)- Pero... esto no es un juego, ¿verdad?
Ahí hay un espíritu, ¿no?

(ENRIQUETA va a contestar, pero JOAQUÍN la interrumpe. ENRIQUETA se pone a colocar minuciosamente las letras en la mesa y se dedica a ello hasta su próxima intervención, sin participar en la conversación de los otros tres.)

JOAQUÍN- ¿Quién sabe? Ten en cuenta que la primera condición para que lo hubiera es que sobreviviéramos a nuestra propia muerte. Lo cual es una “contradictio in terminis”.
(MAGDALENA le mira sin entender muy bien.) Que de verdad existiera el alma, y siguiera viva cuando el cuerpo ya ha quedado inerte. El mismo Sócrates se lo preguntaba.

RAMIRO- ¿Y llegó a contestarse?

JOAQUÍN- A medias, aunque yo creo que nunca estuvo muy seguro. Él establecía un paralelismo entre la muerte y el sueño. Más o menos, y con otras palabras, decía que si todo lo que se duerme, acaba por despertar, todo lo que se muere, acaba por resucitar.

MAGDALENA- ¡Y tenía mucha razón!

JOAQUÍN- Desgraciadamente, eso no podemos saberlo ninguno de nosotros, Magdalena.

MAGDALENA- ¡Ay, Joaquín, llámame Magda! ¡Magdalena me suena a desayuno!

JOAQUÍN (*Con aire patético.*)- ¡Qué lástima de nombre! ¡Con lo hermoso que era en origen, y las connotaciones gastronómicas que le ha añadido el tiempo!

RAMIRO- Y los griegos, ¿Creían en el cielo y en el infierno?

JOAQUÍN- Creían en el Hades.

MAGDALENA- Y eso ¿qué es?

JOAQUÍN- El lugar donde iban a parar las almas de los difuntos.

MAGDALENA- ¿Los buenos y los malos, todos juntos?

JOAQUÍN- Efectivamente, todos juntos. Allí no había distinciones por motivos de conducta. En el fondo, nuestro cielo y nuestro infierno son bastante infantiles, ¿no os parece?

ENRIQUETA (*Deja las letras. Airada.*)- Pero son los que tenemos...

RAMIRO -¿Y qué hacían ahí, en el Hades?

JOAQUÍN- Vagar de un lado a otro...

MAGDALENA- ¿Como almas en pena?

JOAQUÍN- Sí, pero ellos no estaban apenados. Ni tampoco alegres. Simplemente estaban allí, sin sentimientos y sin memoria. No se acordaban de su vida anterior, ni de las personas a las que habían querido, ni de nada. Vivían en un presente continuo, si se permite la expresión. No tenían futuro, lo que no es de extrañar, estando muertos, pero tampoco tenían pasado, porque lo habían olvidado.

MAGDALENA- ¡Qué triste!

ENRIQUETA- ¡Qué aterrador!

RAMIRO- ¿Y ninguno se acordaba de nada?

JOAQUÍN- Ahora iba a ello, Ramiro, que no me dejas ni respirar. Como me disponía a explicaros, había un remedio para que los muertos recuperasen momentáneamente la memoria, y era que bebiesen sangre...

RAMIRO - ¿Humana?

JOAQUÍN(*Carraspea para ocultar que ignora la respuesta. Improvisando.*)- La verdad es que respecto a ese punto existen varias versiones: según unas, era carne humana, según otras, de animal... Tened en cuenta lo que os he dicho antes: la transmisión de los textos griegos se ha hecho en condiciones muy difíciles. Para empezar, ellos escribían sobre papiros, es decir, sobre las hojas de un árbol del mismo nombre, lo que era un material muy quebradizo. Quiere esto decir que si el papiro se rompió precisamente por donde especificaba si la sangre que bebían los muertos era humana o animal, ya nos hemos quedado sin saberlo para siempre... Después, cada copista lo interpreta a su modo: por eso hay tantas variantes.

ENRIQUETA (*Ahogando un bostezo.*)- Bueno, ¿volvemos a la ouija?

RAMIRO- Espera, que termine de contarnos esto.

JOAQUÍN (*Sorprendido.*)- ¿Lo de la transmisión de los textos griegos?

RAMIRO- No, lo de los muertos y la sangre.

JOAQUÍN- (*Con desdén.*) ¡Ah, eso! La verdad es que es una anécdota sin demasiada importancia, pero, en fin, ya que lo narra el propio Homero en la Odisea... Resulta que Odiseo, el que vosotros conoceréis como Ulises...

ENRIQUETA- Joaquín, ve al grano, porque se supone que hay un espíritu en la copa y tenemos que seguir con él...

JOAQUÍN (*Molesto.*)- Voy al grano, Enriqueta, pero si no puedo ni citar al protagonista de la aventura por su nombre... En fin, lo resumiré: el caso es que Odiseo andaba perdido por esos mares, y le aconsejaron que fuera al Hades a preguntar cómo podría volver a su patria. Así que, después de un largo viaje, llegó allí, al mundo de ultratumba, y cuál no sería su sorpresa cuando, entre los difuntos, se encontró con su propia madre, de la que él no sabía que había muerto...

MAGDALENA- ¡Qué impresión!

JOAQUÍN- Figúrate. (*Mirando a ENRIQUETA, que le devuelve la mirada impaciente.*)

A lo que vamos: lo peor de todo es que ella no le reconocía, porque se había olvidado de su vida anterior, y entonces tuvieron que matar un animal de los que llevaban en la barca, y darle a beber la sangre para que recordara. Y cuenta Homero que la mujer se la bebió ávidamente, y al instante supo quién era Odiseo, y se lanzó a abrazarle, con los labios manchados de sangre todavía...

MAGDALENA- ¡Qué barbaridad! (*Interesadísima.*) Y eso, ¿qué es, una novela?

JOAQUÍN- No exactamente, Magdalena... Es un relato en verso. En hexámetros dactílicos...

ENRIQUETA- Bueno, ¿volvemos a la ouija, o qué? En todo caso, hay que despedirle, porque si no el espíritu se quedará por aquí. Y me imagino que de muy mal humor, ya que le hemos llamado para nada...

MAGDALENA- ¡Huy, sí, qué miedo!

RAMIRO- No, que no se vaya, que íbamos a preguntarle si yo soy Sócrates.

JOAQUÍN (*Burlón.*)- A la vista está.

RAMIRO- La verdad es que no me acuerdo de nada. Desde que me morí, he perdido la memoria por completo. Tendré que beberme un buen tazón de sangre vuestra... (*Se inclina hacia MAGDALENA y le da un bocado en el cuello.*) ¡Aggg!

MAGDALENA (*Le aparta, asustada.*)- ¡Aggg! ¡Qué broma tan tonta, Ramiro!

ENRIQUETA- Por mí, si queréis, lo dejamos. Total, el espíritu se queda aquí, en vuestra casa. Nosotros nos vamos tan tranquilos a la nuestra...

RAMIRO (*A ENRIQUETA, juntando las manos.*)- ¡Perdón, perdón! Vamos a seguir, que yo soy el primer interesado. Pregúntale si soy Sócrates, Enri.

JOAQUÍN- ¡Pues sí que te ha entrado buena!

RAMIRO (*Sonriendo.*)- Tú lo que tienes es envidia.

MAGDALENA- (*A ENRIQUETA.*) Pregúntaselo, anda.

ENRIQUETA- ¡Es un disparate, pero si os empeñáis...! Poned los dedos. (*La obedecen. A la COPA, señalando a RAMIRO.*) Oye, Platón, ¿es éste Sócrates? (*La COPA vuela hacia la izquierda.*)

MAGDALENA- (*Excitadísima.*) ¡Sí! ¡Dice que sí!

JOAQUÍN- (*Quita el dedo. A RAMIRO.*) La mueves tú, ¿verdad?

RAMIRO- (*Divertido.*) Te juro que no. Ha sido Platón. Y si él asegura que soy Sócrates... (*Manotea riendo.*)

MAGDALENA- (*Asustada.*) ¡Ay, por Dios, Ramiro, no digas esas cosas...!

JOAQUÍN- (*Con intención, a RAMIRO.*) La verdad es que no se te nota nada el caudal de sabiduría que llevas dentro...

RAMIRO (*Serio.*)- Yo no llevo ningún caudal de sabiduría. Cuando quiero saber algo, te lo pregunto a ti.

JOAQUÍN- Ya, ya. A eso me refiero.

RAMIRO (*Se ríe.*)- Precisamente igual que Sócrates. ¿No nos has contado que decía de que no sabía nada y andaba preguntando a unos y a otros?

JOAQUÍN- ¡Hombre, pero no compares! En su caso era una pose, y en el tuyo es de verdad.

ENRIQUETA- Bueno, ¿y si lo hacemos otra vez, y en serio? (*A RAMIRO.*) Porque para que muevas tú la copa, no merece la pena perder el tiempo.

RAMIRO- Yo no he sido, Enriqueta. (*Se levanta, riéndose.*) Ha sido ella solita.

MAGDALENA- ¡Ramiro! ¡No tiene ninguna gracia! (*Se aparta de la mesa, enfadada.*)
(JOAQUÍN *se levanta con cara de fastidio.*)

RAMIRO- Magda, me estoy riendo precisamente por eso: porque yo no la he empujado y sin embargo me señalaba a mí. O me lo tomo a guasa, o a ver qué hago...

ENRIQUETA- (*A MAGDALENA, señalando a RAMIRO.*) Está de broma, ¿verdad?

RAMIRO- (*Poniéndose serio.*) ¡Pues no! No estoy de broma, aunque me importa un bledo que no me creáis. (*A ENRIQUETA.*) Y tú, ¿no tenías tanta fe en la dichosa copa? ¿Qué te pasa ahora? Porque parece que no te crees que la mueva un espíritu...

ENRIQUETA- (*Muy seria.*) Es que no me hace gracia que nadie se burle de mi marido... Y si ha salido Platón, es porque Joaquín siempre está con el tema de los griegos...

RAMIRO- Pues por eso mismo. Lo habrá atraído él...

ENRIQUETA- (*Cada vez más irritada, a RAMIRO.*) ¡Claro! ¡Y ha venido para decir que tú eres Sócrates! Pero ¿de verdad crees que tú puedes ser Sócrates?

MAGDALENA- ¡Anda! ¿Y por qué no?

ENRIQUETA- Porque es para darle en los morros a Joaquín.

JOAQUÍN- (*A ENRIQUETA.*) No te pongas así, mujer. En todo caso es una broma... Además, no veo yo qué es lo que tengo para que nadie se burle de mí... ¿Qué cito a Sócrates? (*Mirando de reojo a RAMIRO.*) ¡Cuántos quisieran poder citarle como yo...!

ENRIQUETA- (*Mismo juego que JOAQUÍN.*) Desde luego.

RAMIRO- (*Conciliador.*) ¿Y si le preguntamos algo que luego podamos comprobar? ¿Algo que no sepamos ninguno de nosotros?

JOAQUÍN- (*Con ofendida dignidad, llamando la atención hacia su persona.*)- ¡Ejem!

MAGDALENA- Eso es imposible, estando aquí Joaquín.

JOAQUÍN (*Engolado, pero agradecido.*)- No exageres, Magda...

RAMIRO (*A JOAQUÍN.*) -Bueno, pues algo que sólo sepas tú. Así os daréis cuenta de que no es cosa mía.

MAGDALENA- (*Encantada.*) ¡Eso, eso! ¡Qué idea tan buena!

JOAQUÍN- (*Pensativo.*) Y ¿qué podríamos preguntarle?

RAMIRO -Por ejemplo, cuándo murió Sócrates...

MAGDALENA- Yo sé que fue antes de Cristo, porque siempre ponía “a.C.” al pie de sus escritos, y eso significaba “antes de Cristo”. Lo estudié en el colegio.

JOAQUÍN- Pues te enseñaron muy mal, Magdalena, porque Sócrates no dejó nada escrito.

MAGDALENA- ¿Ah, no? Y entonces, ¿por qué es tan famoso?

JOAQUÍN- Por muchas cosas que ahora resultaría muy complicado explicar...

ENRIQUETA- Además, ¿cómo iba a saber Sócrates si él vivía antes de Cristo, si Cristo aún no había nacido, ni se sabía que iba a nacer?

MAGDALENA (*Lo piensa unos instantes.*)- También tienes razón...

RAMIRO- Bueno, ¿qué os parece? ¿Preguntamos la fecha exacta en que murió Sócrates? ¿Te parece bien, Joaquín?

JOAQUÍN- (*De mala gana.*) Bueno... Pero quizá la fecha exacta sea demasiado precisar...

RAMIRO- ¡Hombre, si es Platón, la sabrá!

JOAQUÍN- A lo mejor se le ha olvidado... (*Baja la voz, y para sí.*) ...a él también. (*En alto.*) ¡Como ha pasado tanto tiempo!

MAGDALENA- Entonces, ¿volvemos a la copa?

RAMIRO- Eso. (A ENRIQUETA, con retintín.) Porque, si de verdad te preocupa tanto hacer esperar al espíritu, el pobre Platón lleva ya dos horas...

(ENRIQUETA se sienta y pone el dedo. RAMIRO, JOAQUÍN y MAGDALENA la imitan.)

ENRIQUETA- (Con desgana.) ¿Estás ahí, Platón? (La COPA va a la izquierda.) Sí... A ver, Platón, ¿puedes decirnos en qué año murió Sócrates? (La COPA se mueve de un lado a otro, mientras ENRIQUETA deletrea en voz baja.) “E”..., “L”..., “P”..., “D”..., “E”... Perdona un momento, Platón. (A JOAQUÍN.) ¿”Elide”? ¿Qué significa “Elide”?

JOAQUÍN- Sigue, mujer. Hasta que no acabe, no nos enteraremos...

MAGDALENA- A lo mejor está escribiendo en números romanos...

ENRIQUETA- (Con desdén.) ¡Qué cosas tienes, Magdalena! ¡Si Platón era griego! (A la COPA.) Perdona este inciso, Platón. ¿Puedes seguir? Hasta ahora habías dicho “Elide”. (La COPA se mueve.) “L”..., “A”..., “O”..., “L”..., “I”..., “M”..., “P”... (A los otros tres.) Yo no entiendo ni jota.

JOAQUÍN- (A ENRIQUETA.) ¡No pares, mujer! Va a decir “Olimpiada”. (A la COPA.) ¿Verdad que sí? (La COPA se mueve hacia la izquierda.)

ENRIQUETA- Dice que sí, que “Olimpiada”. “Elidela Olimpiada”. ¿Será el nombre de alguna mujer?

JOAQUÍN- (Quita el dedo. A ENRIQUETA.) No, hija, no es “Elidela”, sino “el I de la Olimpiada”. Es decir, no el “i”, sino el número uno, el primer año.

MAGDALENA- (*Quita también el dedo, y RAMIRO la imita. Muy contenta.*) ¡O sea, que está hablando en números romanos, como había dicho yo!

JOAQUÍN- (*Ignorando a MAGDALENA.*) Significa que murió el año primero de la Olimpiada. Como cada Olimpiada dura cuatro años... Era la forma de contar el tiempo entonces...

RAMIRO- Sí, pero ¿de qué Olimpiada? Porque habría muchas, ¿no?

JOAQUÍN- (*Carraspeando para ocultar su ignorancia.*) Pues de la Olimpiada... Más vale que se lo preguntemos a él, ya que estamos poniéndole a prueba, ¿no os parece? Después ya os diré yo si coincide con mis datos... (*Se apresura a poner el dedo, y MAGDALENA y RAMIRO le imitan.*)

ENRIQUETA- (*A la COPA.*) Platón, ¿podrías decirnos de qué Olimpiada se trata? (*La COPA se mueve, y ENRIQUETA va leyendo.*) “X”..., “C”..., “V”... (*La COPA se detiene.*) Ha dicho la “Equis, Ce, Uve”.

MAGDALENA- (*Palmorea.*) ¡Otra vez en números romanos!

ENRIQUETA- (*A JOAQUÍN.*) ¿Es ésa, Joaquín?

JOAQUÍN- (*Quita el dedo, más profesoral que nunca.*) En efecto. Es correcto. La nonagésimoquinta Olimpiada...

RAMIRO- (*Triunfante.*) ¿Veis cómo no había sido yo? (*A JOAQUÍN.*) Y eso, ¿a qué año de los nuestros corresponde?

JOAQUÍN- (*Se levanta y mete los dedos en los bolsillos del chaleco.*) ¿Te refieres a años... de éstos (*haciendo un gesto desdeñoso con la mano*), de los de ahora...? (*Se*

estira.) Sinceramente, no podría darte la fecha con exactitud según el cómputo cristiano. Me gusta datar los acontecimientos de la época clásica siguiendo la nomenclatura clásica que le es propia. No considero prudente meter el vino viejo en odres nuevos.

RAMIRO- Bueno, pero sabrás la fecha aproximada, ¿no?

JOAQUÍN- ¡Ramiro! ¡Por supuesto que la sé! ¡La duda ofende! (*Se estira aún más y se atusa el bigote.*) Claro que no puede uno fiarse de lo que diga ningún manual de historia, porque los autores no se ponen de acuerdo en una fecha concreta, los códices vacilan, se multiplican las variantes, los biógrafos dudan, las ediciones dan diferentes versiones, y no todas lo suficientemente ponderadas...

RAMIRO- (*Abrumado por la palabrería.*) Sí, eso sí, tienes razón, pero ¿más o menos...?

JOAQUÍN- Más o menos, nació en el siglo V antes de Cristo, y murió a principios del IV...

MAGDALENA- El caso es que Ramiro no ha movido la copa.

JOAQUÍN- Eso parece...

MAGDALENA- Y que Platón ha dicho que Sócrates era él

ENRIQUETA- A no ser que estuviera todo preparado de antemano...

MAGDALENA- ¿Y quién lo iba a preparar?

JOAQUÍN- Desde luego, Enriqueta y yo, no.

RAMIRO- ¡Y nosotros tampoco! Yo, por lo menos, no he movido el dedo...

MAGDALENA- ¡Ni yo!

ENRIQUETA -(*Con fastidio.*) Podríamos dejar esto ya, ¿no os parece? Estoy cansada...

RAMIRO- ¿Y no habrá que despedirle?

MAGDALENA- ¡Claro, bobo! ¿No ves que si no, no se irá?

ENRIQUETA- (*Se cruza de brazos, muy molesta.*) Pues yo no sigo.

MAGDALENA- (*Preocupada.*) ¿Y si se nos queda en casa?

RAMIRO- ¡Eso! ¡A ver si nos dejáis al espíritu aquí flotando!

ENRIQUETA- (*Con sorna.*) ¿Y qué más da? Se lo pasará divinamente. ¡Como tiene aquí a su amigo Sócrates en carne y hueso...!

JOAQUÍN- (*Se levanta también, lanzando una ojeada al reloj.*) Es tardísimo ya. Nos vamos a ir, ¿verdad, Enriqueta?

MAGDALENA- (*Mirándoles a todos alternativamente.*) Pero ¿y Platón...?

RAMIRO (*Se toca los riñones con gesto de dolor.*)- Vamos, Magda, no insistas... (A

JOAQUÍN.) ¿No os quedáis a tomar otra copa?

JOAQUÍN- No, muchas gracias. Mañana tenemos que madrugar...

RAMIRO- Si es por eso... La verdad es que yo también estoy cansado. Y me duele la espalda. (*Se frota los riñones.*)

JOAQUÍN- (*Con ironía.*) Será la edad. ¡Llevas a cuestas tantos siglos...! Vamos, Enriqueta. (*Se acercan a la puerta* JOAQUÍN y ENRIQUETA, seguidos de MAGDALENA Salen ENRIQUETA y MAGDALENA JOAQUÍN se vuelve a

RAMIRO *antes de salir.*) Mañana nos veremos. En la oficina, Sócrates. Que te mejores.

(Con desdén.) ¡Sócrates tú! *(Sale.)*

RAMIRO- ¡Qué mal me encuentro! No sé qué me ha pasado de repente... *(Se desploma en el diván.)*

ACTO II

(Cárcel. RAMIRO aparece tumbado encima del camastro, durmiendo. La puerta está cerrada y la ventana tiene barrotes, entre los que se ven ramas verdes y la luz del sol.)

(Todos los personajes van vestidos a la usanza griega del siglo V a. C., excepto RAMIRO, que sigue con la ropa del Acto anterior, hasta que se muda, mediado este Acto.)

JANTIPA- (Entra gesticulando, muy enfadada. A gritos.) Oye, Sócrates, ¿es que has mandado tú que no me dejen entrar? Llevo tres horas intentando verte, y al final me he tenido que colar, aprovechando que el carcelero no miraba... ¿Qué pasa? ¿Qué yo no puedo estar contigo, y sin embargo tienes aquí a todos tus amigotes...) (Mira alrededor y se sorprende al no ver a nadie, más que a RAMIRO en el camastro.) ¿Dónde están? Se habrán escondido al oír la puerta, que ya me los conozco yo a éstos: mucho largar y mucho darle al pico, pero en cuanto aparece Jantipa, ponen todos pies en polvorosa... (Se acerca al camastro. RAMIRO se mueve, aún dormido.) Y tú, ¿por qué no querías verme? ¡¿Me oyes? ¿Qué si me oyes? (Le zarandea. RAMIRO se despierta y se incorpora, mirándola asustado. JANTIPA al PÚBLICO.) ¡Qué ojos me pone, como si la cosa no fuera con él!

RAMIRO- (Entre estupefacto y asombrado.) ¡Pero oiga, señora! ¿Quién es usted?

JANTIPA (A RAMIRO, furiosa.)- ¡No me mires así, que tú a mí no me engañas! ¿No tendrás escondida por aquí a la Diotima esa...

RAMIRO (Para sí.)- El caso es que se parece muchísimo a Enriqueta... (Mira alrededor.) ¿Y yo? ¿Dónde estoy?

(Se abre la puerta y entra PLATÓN, que es un poco amanerado, sólo un poco.)

PLATÓN- (A RAMIRO.) Sócrates, no he venido estos días, porque, según se iba acercando la fecha de tu muerte, me iba poniendo cada vez más enfermo. Ya te habrán contado lo mal que he estado. Y sigo casi igual. No sé qué tengo. No es que yo sea hipocondríaco, que ya sabes tú que no, pero empiezo a preocuparme seriamente. Me tiemblan las rodillas y me duele todo el cuerpo. Me arde la piel y me muero de frío a la vez... (Se interrumpe pesaroso.) Aunque, ¡qué mal hago en hablar de la muerte delante de ti, maestro, que estás a punto de morir!

RAMIRO (En un aparte, al PÚBLICO.)- También éste me recuerda muchísimo a Joaquín... ¡Y como van vestidos, como si fuera Carnaval! ¡A ver si va a ser eso! ¡Se han disfrazado para gastarme una broma!

JANTIPA- ¡Y dos veces va a morir, como no me conteste! (A JANTIPA.) Dime, Sócrates, ¿está por aquí esa tal Diotima a la que tanto admiras, según vas contando tú a los cuatro vientos, poniéndome en vergüenza a mí, que soy tu legítima mujer?

PLATÓN- (Se acerca al diván intentando calmar a JANTIPA.) ¡Pero Jantipa! ¡Si tu marido conoció a Diotima hace mil años, y no la ha vuelto a ver desde entonces! Y además, era una mujer admirable, una sabia...

RAMIRO (Al PÚBLICO, admirado.)- ¡Qué bien fingen! ¡Son dos actores de primera! (Mira alrededor.) ¡Y Magda, andará por ahí? Porque no sé ni cómo he venido a parar a esta habitación tan extraña...

JANTIPA (Más enfadada aún.)- ¿Sabía? ¡Ya me conozco yo el género de su sabiduría! Para que te enteres, Platón, que estás en las nubes tú también: esa mujer habla de amor con mi marido. ¡De amor! ¡Menuda pécora! (A RAMIRO, amenazante.) ¡Y tú, un sinvergüenza!

(RAMIRO sonríe, aunque un poco extrañado, y aplaude leve y cortésmente.)

PLATÓN (Intentando aplacarla.)- “Hablabas”, Jantipa, en pretérito. Y sólo hablabas, como puede hablar uno de tantos otros temas. No lo ejercía.

JANTIPA- ¡Pues peor me lo pones! ¡Hablar para excitar al personal! ¡Eso es una calienta... lo que yo me sé!

PLATÓN- ¡Una mujer respetabilísima!

JANTIPA- ¡Cállate, Platón, que de mujeres tú no entiendes! (A RAMIRO.) Y tú, ¿por qué no querías que me dejaran entrar a mí, cuando has invitado a todos esos indeseables que están esperando ahí fuera? (Se inclina sobre RAMIRO, mirándole a los ojos fijamente.)

RAMIRO (Se aparta, un poco molesto.)- No te lo tomes tan a pecho, Enriqueta...

JANTIPA (Fuera de sí, a grito pelado.)- ¿Cómo me has llamado? (Blande el puño sobre RAMIRO, que se echa hacia atrás, asustado) ¿Cómo me has llamado?

PLATÓN (*Sujeta a JANTIPA por los hombros.*)- ¡Por los dioses, Jantipa, deja a Sócrates en paz! ¡Ponte en su lugar, mujer, que si tuvieras que beberte tú la cicuta, también te gustaría que viniera la gente a despedirte...!

JANTIPA- ¡Mira, Platón, tú a tus asuntos, y déjame a mí a mi marido, que toda la vida he sabido llevarle más derecho que una vela!

RAMIRO (*Al PÚBLICO.*)- ¡Qué basilisco de mujer! Enriqueta es mucho más comedida. Y es que éstos son Jacinto y Enriqueta, pero al mismo tiempo no lo son... ¿Estaré soñando?

PLATÓN- (*Mirando la ropa de RAMIRO, asombrado.*) ¡Qué vestido tan raro, maestro!

JANTIPA- ¡Claro! ¡Por eso sé que anda por aquí su amiguita, porque se ha puesto de punta en blanco! Sin embargo conmigo no se ha quitado ni un día la túnica que se colocó cuando nos casamos. Ni en verano ni en invierno. Yo creía que la tenía ya pegada al cuerpo.

PLATÓN- (*La ignora. A RAMIRO.*) Comprendo que en el último momento hayas cambiado de opinión y quieras pasar al Hades con ropas nuevas, pero... ¿no las encuentras un poco extravagantes, maestro? (*Le coge la pernera del pantalón por el borde, y la examina entre los dedos. JANTIPA también se inclina a mirar.*) Y el caso es que parece buen tejido. ¿De dónde lo has sacado?

RAMIRO- (*Aparta a PLATÓN y se levanta del diván.*) Pero bueno, ¿qué es esto? ¿Una broma?

PLATÓN- (*A JANTIPA, agachándose para ver los pies de RAMIRO.*) ¿Te has fijado en las sandalias, Jantipa? Y ¡qué fundas tan extraordinarias llevas en los pies, Sócrates!

JANTIPA- (*Fingiendo desinterés por el calzado de RAMIRO, se encara con él.*) Sí, sí, todo muy bonito, pero lo que a mí me interesa es que me aclares si ha venido la Diotima esa...

RAMIRO- Mire, señora, sea usted quién sea, déjeme en paz de una vez. (*Intenta evadirse, pero JANTIPA se lo impide.*)

JANTIPA- (*Zarandeando a RAMIRO, furiosa.*) Pero ¿tú quién te crees que soy yo? Pero ¿por quién me has tomado, mequetrefe?

PLATÓN- (*Separándolos.*) Hoy no, Jantipa, te lo ruego, hoy no...

RAMIRO- (*Sacudiéndose a JANTIPA de encima.*) Vamos a ver quién me explica esto a mí, porque no entiendo nada...

PLATÓN- (*Se lleva las manos a las sienas.*) Ni yo tampoco. ¿Cómo se le ha metido en la cabeza a esta mujer que ha venido Diotima, que la pobre estará criando malvas quién sabe desde cuándo? ¡Y vaya un dolor de cabeza que me está levantando con sus gritos! (*A RAMIRO.*) Es lo que te digo, Sócrates: tú vas a morir, pero yo también estoy malísimo. Como si me tuviera que beber el veneno en tu lugar...

RAMIRO- ¿Veneno? ¡Yo no me voy a beber ningún veneno!

PLATÓN- (*Sorprendido y preocupado.*) ¡Pero maestro! ¡No me digas que has cambiado de opinión ahora! Están ahí fuera nuestros amigos, tus discípulos, y cantidad de admiradores...

JANTIPA- ¡Y la furcia esa con la que te acuestas! (*Le hace un gesto de burla a*

PLATÓN.) ¡Huy, perdón! ¡Con la que hablas de amor!

RAMIRO- (*Mirando alternativamente a PLATÓN y a JANTIPA.) Y toda esa gente...
¿qué es lo que espera de mí?*

PLATÓN- ¡Pues qué va a ser! Que pronuncies tus penúltimas frases, que te bebas la cicuta, que susurres tus palabras postreras, y... te mueras...

RAMIRO- (*Mismo juego.*) ¿Qué...? (*Se aparta unos pasos de PLATÓN y JANTIPA, y habla a continuación consigo mismo, frente al PÚBLICO.) Esto tiene toda la pinta de que me he quedado dormido, y tengo la pesadilla de que me muero. Ya me ha pasado otras veces, aunque nunca me acompañaba Platón en el trance. Por eso esta mujer es clavada a Enriqueta, y él, a Joaquín... (*Divertido.*) ¿Qué cosas tiene la imaginación! (*Serio de nuevo.*) ¡En fin! Por muy fastidioso que resulte el asunto, sé por experiencia que me despertaré justo antes de morirme. Pero cuando uno sueña, no puede confesarles a los personajes de su sueño que sabe que no está en la realidad, sino que debe hacer como si se lo creyera todo a pies juntillas. Así que voy a seguirles a éstos la corriente, fingiendo que soy Sócrates, y dejaré que las cosas lleven su curso para que la pesadilla acabe cuanto antes...*

PLATÓN- (*Se le acerca y le toma, solícito, del brazo.*) Maestro... ¿Hablas solo? ¿Qué te ocurre?

RAMIRO- ¿A mí? ¡Nada! (*Sonriendo.*) Y entonces, ¿es usted Platón?

PLATÓN- (*Se vuelve a JANTIPA y le hace un gesto de extrañeza.*) ¿Cómo que “usted”? Y ¿cómo que si soy Platón?

RAMIRO- (*A JANTIPA.)* ¿Y usted, señora? No recuerdo su nombre en este instante. Discúlpeme, pero es que tengo una memoria malísima...

JANTIPA- (*Se le acerca, blandiendo el puño.*) ¡Mira, Sócrates, no me vengas a mí con puñetas, que me conozco todas tus artimañas! ¡Que tú volverás del revés a los sabios más sabios, pero a mí no me la das! ¡Enredador! ¡Embustero! ¡Mal marido!

RAMIRO- (*Retrocede.*) ¡Bueno, bueno, no se enfade usted!

JANTIPA- ¡Y háblame como es debido y sin tanta filigrana!

PLATÓN- (*Aparta unos pasos a JANTIPA.*) Mujer, Jantipa, no te pongas así, que el pobre no se encuentra bien... A lo mejor le ha trastornado la idea de su próximo fin...

JANTIPA- (*Sorprendida.*) ¡Pero si ha sido él quien se ha empeñado...! Cuando le llamaron a juicio, iban a echarle una reprimenda y poco más, sólo para cubrir las apariencias, pero como le dio por hacerse el listo, y empezó a burlarse de los jueces... Se puso a largar y a largar, y, claro, por la boca muere el pez. ¡Y ahí le tienes, condenado a muerte!

PLATÓN- ¡Qué sabrás tú! No se estaba burlando de ellos, sino defendiendo sus ideas...

(RAMIRO *se sienta en el camastro y bosteza ruidosamente.*)

JANTIPA- ¡Platón, que le conozco, y además me lo han contado! (A RAMIRO, *que les observa sin moverse.*) ¿O no fue así, Sócrates? (A PLATÓN.) Y después de que le condenasen, ha tenido mil ocasiones de fugarse de aquí, y tampoco le ha dado la gana. A veces, cuando he venido a verle, hasta me he encontrado con la puerta abierta, que no sé si se la había dejado así alguno de vosotros o el propio carcelero, y por más que le he dicho: “Venga, Sócrates, aprovecha y escápate a casa con tu Jantipita”, él, nada, erre que erre. Y es que le encanta estar aquí para que vengan de todas partes a visitarle y a compadecerle, y así poder lucirse charloteando y dejándoles boquiabiertos...

PLATÓN- (*Mira a RAMIRO, y se vuelve a JANTIPA.*) Por eso mismo, Jantipa. ¿No le encuentras raro? ¡No ha dicho ni mu en todo este rato!

JANTIPA- (*Se encoge ostentosamente de hombros. Alza la voz.*) A mí lo único que me importa es saber si quiere que esté yo presente en sus últimos momentos o prefiere estar a solas con los amigotes... (*Se va a RAMIRO muy decidida. RAMIRO se levanta de un salto del sofá.*) ¿Me has oído, Sócrates?

RAMIRO –Sí, claro. Prefiero que esté usted, señora, desde luego...

JANTIPA- Eso de “usted”, ¿quiere decir que yo?

RAMIRO- Por supuesto.

JANTIPA- Entonces voy a arreglarme corriendo para estar un poco presentable, que con el sofocón he salido de casa sin peinarme siquiera. (*Coge la cara de RAMIRO y le besa en la frente.*) ¡En seguida estoy aquí otra vez! No te vayas a beber la cicuta hasta que yo vuelva, ¿eh, Sócrates?

RAMIRO- No, señora, no, pierda usted cuidado...

JANTIPA (*Se acerca a la puerta, y se vuelve hacia RAMIRO.*)- O, si ves que tardo un poco, empieza a bebértela, pero muy despacio. Es que me gustaría rizarme las puntas un poquito... ¡Todo por ti, para que me veas guapa! (*Le tira un beso a RAMIRO y sale.*)

RAMIRO- (*Hablando para sí, frente al PÚBLICO.*) Ya que tengo la desgracia de encontrarme dentro de esta pesadilla, voy a aprovechar para hablar con Platón, aunque

sólo sea en mi imaginación... (*Se vuelve a PLATÓN.*) O sea que... ¿es usted el famoso filósofo?

PLATÓN- ¡Pero Sócrates! ¿Qué te ocurre? ¡Yo soy Platón! ¡El famoso eres tú! Yo... tengo la suerte de ser tu discípulo y tu amigo... ¿Qué te pasa?

RAMIRO- (*Para sí.*) ¿Se lo cuento? Como se parece tanto a Joaquín, me da un poco de vergüenza, pero... (*Decidido, a PLATÓN.*) La verdad es que... Me quedé ahí dormido... (*Señala el camastro.*) Ahí, o en otro parecido, que hay en el comedor de mi casa... (*A PLATÓN, con ansiedad.*) Porque estoy soñando, ¿no? Esto es un sueño, y me despertaré, ¿verdad?

PLATÓN- (*Interesadísimo.*) Sócrates, ¿quieres decir que la vida es sueño? ¡Qué idea tan original! ¡"La vida es sueño"! ¡Vaya un descubrimiento!

RAMIRO- (*Al PÚBLICO.*) Nada. Es inútil hablar con él.

PLATÓN- Y, tú, maestro, al morir, despertarás, ¿no es eso? (*Se acerca a RAMIRO y le abraza.*) En seguida, en cuanto te bebas la cicuta... (*Se separa de él y le mira.*) Porque te la vas a beber, ¿verdad?

RAMIRO- Hombre, no me apetece, pero si no hay más remedio...

PLATÓN- (*Escandalizado.*) ¡Sócrates! Claro que había remedio, pero tú te has negado a ponerlo. Podías haberte marchado cuando tus amigos te lo suplicábamos llorando. De sobra sabes que en el fondo los jueces tampoco quieren que mueras, porque se les va a echar el pueblo encima. Por eso te han dejado la puerta abierta tantas veces... Pero si decides cambiar de opinión ahora, cuando le ves las orejas al lobo, te van a tomar por un cobarde...

RAMIRO- Sí, eso sí, tiene usted razón. ¡Pues es un conflicto! (*Reflexionando en voz alta.*) Y ya que soy Sócrates, aunque sea en sueños, debo intentar ponerme a su altura...

PLATÓN- (*Despistado.*) Maestro, no te sigo. El caso es que ahora no puedes dejarnos en ridículo... Por cierto, hablando de ridículo: ese vestido y ese calzado, ¿no te parecen un poco...? ¿Un poco...? ¿No preferirías tu ropa de siempre?

RAMIRO- (*Extrañado.*) ¿Y cuál es mi ropa de siempre?

PLATÓN- (*Señalando la banqueta.*) La que está ahí, donde tú la has dejado. Y tus sandalias. (*Se acerca a coger ambas cosas, le da a RAMIRO la túnica, y deja las sandalias en el suelo a sus pies.*) Por cierto, Sócrates, ese “usted” que tanto repites, ¿es un concepto nuevo?

RAMIRO- No, sólo es una forma de... Es muy difícil de explicar...

PLATÓN- Pues no deberías embarcarte ahora en ideas complicadas, con el poco tiempo que te queda para exponerlas...

(RAMIRO se desabrocha el cinturón, y empieza a bajarse los pantalones. PLATÓN le observa extasiado. Cuando RAMIRO se da cuenta, decide, antes de seguir desnudándose, cubrirse con la túnica, y la extiende, buscándole las vueltas. La túnica está sucia y rota por muchas partes.)

RAMIRO (*Con cara de asco.*) ¡Pero si está llena de agujeros! ¡Y de lamparones! ¡Vaya un pingo! ¿No tengo nada más..., más decentito?

PLATÓN- (*Asombrado.*) ¡Pues claro! La que te trajo Apolodoro, que era una preciosidad, para que la llevaras en este día solemne... Pero como le dijiste que no ibas a morirte más peripuesto de lo que habías vivido ...

RAMIRO- Entonces, si Sócrates dijo eso, está bien dicho, aunque... (*Aparte, al PÚBLICO.*) Aunque no sé en qué estaría pensando para decir esa tontería... (*Mira las sandalias.*) Y las sandalias también están buenas. ¡Anda que no tienen kilómetros...!

PLATÓN- Date prisa, maestro, que tienes a todos esperándote...

RAMIRO- (*Que no se decide a cambiarse de ropa, por la ropa misma, y por la mirada insistente de PLATÓN.*) Sí, eso sí, tiene usted razón. Y ¿por qué no sale a avisarles, mientras yo me mudo?

PLATÓN- Ahora, Sócrates, en cuanto me despida de ti.

RAMIRO- (*Decepcionado.*) Pero ¿no va a quedarse hasta... hasta que me beba la cicuta?

PLATÓN- No... Ya sabes que estoy muy delicado. Debe de ser la bilis, que se me ha puesto negra. Hoy mismo he hecho de tripas corazón para venir a verte, porque me sentía a la muerte. (*Llevándose las manos a la boca con gesto de pesar.*) Con perdón, maestro. Pero es que... ¡tengo un mal cuerpo...! ¡Feliz tú, que siempre has gozado de una salud envidiable! Ahora mismo, se te ve tan sonrosado, tan lleno de vitalidad... (*Mismo juego.*) Disculpa, Sócrates. Es que, si te veo morir, la melancolía me matará también. Pero, antes de marcharme, querría que me dijeras algo en exclusiva para mí... Alguna máxima que me sirva para recordarte y para guiar mi vida cuando ya no estés...

RAMIRO- ¿Una máxima? ¿Qué máxima?

PLATÓN- (*Se arrodilla frente a él y le abraza las piernas.*) ¡Ay, maestro, cómo te vamos a echar de menos! ¡Ya nunca nadie volverá, como tú, a contestarnos con preguntas a las preguntas que te hacemos! Pero, Sócrates, por desgracia no nos queda

tiempo para juegos dialécticos. Más vale que me des la máxima directamente, sin forzarme a que la piense yo por mí mismo, porque estoy tan pachucho que no puedo pensar como otras veces... (*Se abraza con más fuerza a las rodillas de RAMIRO.*)

RAMIRO- (*Tambaleándose, muy incomodado.*) ¡Venga, hombre, levántese, que si me sujeta las rodillas, voy a perder el equilibrio!

PLATÓN- (*Le suelta, pero sigue de rodillas a sus pies.*) Dime, Sócrates. Sólo quiero unas palabras tuyas...

RAMIRO- (*Al PÚBLICO.*) ¿Y qué puedo decirle yo a Platón? ¡Nada menos que a Platón! (*Piensa con esfuerzo.*) ¡Ah, sí! (*Muy aliviado.*) “Conócete a ti mismo”.

PLATÓN- (*Le mira decepcionado, desde el suelo.*) ¡Pero maestro! ¡Eso ya lo has dicho muchas veces! Yo quería algo nuevo... Algo que me hiciera pensar y recordarte durante el resto de mi vida...

RAMIRO- (*Mientras se coloca la túnica sobre su propia ropa, para huir de la cuestión.*) Mire, Platón, no me parece el momento más oportuno para que nos pongamos a pensar... Tengo que vestirme... (*Se quita los zapatos y empieza a bajarse los pantalones con decisión.*)

PLATÓN- (*Tras mirarle unos segundos, pensativo.*) ¿Quieres decir, maestro, que hay un tiempo para pensar, y otro para no pensar? ¿Qué hay un tiempo que debemos dedicar a que la mente repose? ¿Qué es bueno el ocio también para la mente?

RAMIRO- (*Sorprendido.*) Sí, eso es, Platón. Y ahora, si no le importa... (*Se dirige al camastro, sujetándose los pantalones en las caderas, pega algún tropezón por el camino, y al final se sienta, y se los quita.*)

PLATÓN- (*Se levanta como en éxtasis, y va tras él. Habla en estado místico.*) Quieres decir que la mente, dejando por un tiempo la dura tarea de pensar, volverá a los jardines del sueño, donde fluyen los riachuelos como recuerdos plácidos, sin molestar, sin herir a la memoria... ¿Te he entendido bien, maestro?

RAMIRO- (*Le observa admirado, con los pantalones ya en la mano. Balbucea.*) Sí, eso... Eso es, sí...

PLATÓN- (*Siempre ensimismado.*) Que con la mente en blanco es posible llegar a vislumbrar la nada, e incluso conseguir verla del todo, y hasta comprenderla, y abandonar el corazón al vértigo, y dejarnos ir, sin resistirnos, sin pensar, sin pretender ponerle al absurdo las rejas de la razón... ¿Ése es, Sócrates, tu último legado?

RAMIRO- (*Mismo juego.*) Pues sí...

PLATÓN- (*Se abraza a él, emocionado.*) ¡Gracias, maestro! ¡No lo olvidaré nunca! ¡Ni siquiera cuando deje la mente en reposo! (*Se echa a llorar y le abraza.*) ¡Adiós, Sócrates!

RAMIRO- (*Correspondiendo al abrazo con fastidio.*) Adiós, adiós...

(*Sale PLATÓN.*)

RAMIRO- (*Mientras se quita los calcetines, se calza las sandalias, y se acomoda la túnica de mala manera.*) Este Platón es un poco quejica, pero, eso sí, hay que reconocerlo: ¡qué inteligencia la suya! ¡El verdadero Joaquín no le llega ni a la suela del zapato! A éste, le sueltas una sílaba y te saca una tetralogía. Es como Juan Palomo, yo me lo guiso yo me lo como. ¡Y qué modestia! ¡En eso también podría darle clases a

Joaquín...! Claro que nunca se lo podré presentar, porque esto no es más que una pesadilla. ¡Vaya, hombre! Me asoman por aquí las mangas de la camisa... (*Se arremanga.*) Aunque me gustaría despertarme ya, porque está durando demasiado... A ver si pellizcándome... (*Lo hace.*) Nada, no da resultado... Claro que como me pellizco en sueños... (*Se oyen unos golpes en la puerta. Para sí.*) ¿Quién será ahora? (*En voz alta.*) ¿Quién es?

VOZ DE CARCELERO- ¡Soy yo, Sócrates! ¡Traigo la cicuta!

(*Se abre la puerta y entra el CARCELERO, que es barbudo, y lleva en la mano un tazón de fondo negro y figuras rojas.*)

RAMIRO (*Embelesado.*)- ¡Magdalena!

CARCELERO- (*Le muestra a RAMIRO el veneno.*) Aquí la tienes. Tus amigos querían pasar, pero no les he dejado hasta que tú me lo mandes.

RAMIRO (*Se acerca al CARCELERO, todo sonrisas.*)- ¿Para qué te has pegado esa barba, corazón?

CARCELERO (*Ofendido.*)- ¿Cómo “pegado”, Sócrates? ¡Es mía!

RAMIRO (*Le coge una mano al CARCELERO En voz baja.*)- Deja de fingir, Magda. Aquí nadie nos ve...

CARCELERO (*Sorprendido.*)- Pero ¿qué es lo que dices? (*Se suelta.*) Me parece que yo nunca te he dado a ti confianza para...

RAMIRO- Sí, eso sí, tiene usted razón. (Al PÚBLICO.) ¡Nada, que no hay nada que hacer! No es Magda, aunque a mí me lo parezca. ¡Anda, que cuando le cuente a ella todo esto...!

CARCELERO- Disculpa, maestro, pero es que me has pillado de improviso... (Le da a RAMIRO el tazón.) Bébetelo esto, anda, y tumbate en cuanto te lo acabes. En seguida hará su efecto: empezarás a sentir que se te aflojan los miembros, se te hielan las piernas, y... (Se le va quebrando la voz, y acaba en un sollozo.)

RAMIRO- (Le pone una mano en el hombro.) Venga, hombre, venga... No se lo tome usted así...

CARCELERO- (Conteniéndose el llanto y en voz baja.) De todos modos, la puerta sigue abierta, y yo no veré nada... Lo peor es la multitud que se va congregando ahí fuera, pero si sales por la izquierda, entre las adelfas, bordeando mi casa, podrás escapar sin que te vea nadie. Eso sí, no tardes, porque en seguida se llenará todo de gente. Yo vuelvo a entrar dentro de un rato, y digo que has desaparecido...

RAMIRO- (Conmovido.) Muchas gracias, Magda, pero no hace falta. No quiero escaparme, sino terminar de una vez con todo esto...

CARCELERO- (Emocionado.) ¡Qué valiente eres, Sócrates, en la vida y en la muerte! ¡Qué ejemplo eres para todos nosotros, maestro! ¡Qué ejemplo para el mundo! (Sale.)

RAMIRO- (Examina el contenido del tazón con cara de asco.) ¡Mira que tener que tragarme semejante potingue...! Y este sueño es demasiado largo para ser un sueño. No me gusta nada. Se parece demasiado a la realidad. (Nada más decirlo se da una

palmada en la frente.) Pero ¿qué estoy pensando? ¡No se parece en nada! Y en cuanto me beba la cicuta, terminará, y volveré a la vida real. (*Huele el contenido del tazón y extrema la mueca de repugnancia.*) Debe de estar malísimo... (*Lo deja sobre la mesa.*) (*Cara al PÚBLICO.*) Vamos a razonar un poco: muchas veces he soñado que me moría, y justo cuando estaba a punto de pasar por el trance, me despertaba en mi cama, con Magdalena roncando a mi lado... Entonces, ¿por qué me da ahora tanto reparo beberme esto y acabar de una vez? ¡Si no es más que un juego de mi propia imaginación! ¡Si nadie pretende envenenarme de verdad...! (*Vuelve a coger el tazón, lo mira, y lo deja de nuevo.*) Aunque, por otra parte, si el carcelero me ha dejado la puerta abierta, podría aprovechar... Pero también me ha dicho que hay una muchedumbre esperando, y quedaría feísimo huir así... (*Coge otra vez la cicuta.*)

(Golpes en la puerta.)

VOZ DEL CARCELERO- ¡Maestro! ¿Has acabado ya?

RAMIRO- En ello estoy. En bebérmelo, quiero decir...

(Entra el CARCELERO.)

RAMIRO- Porque si no me lo tomo, no me despertaré, ni volveré a mi casa, ni veré más a Magdalena...

CARCELERO- (*Mira el tazón. Lastimero.*) ¡Ay, Sócrates! ¡No has empezado aún! Ya que tú mismo lo has decidido, hazlo cuanto antes, porque yo estoy sufriendo horrores con esta demora... (*Le habla como a un niño.*) Anda, toma un sorbito por mí...

RAMIRO (Al PÚBLICO.)- Son las mismas palabras de Magda. (Al CARCELERO.) No, un sorbito, no, porque voy a ponerme malísimo para nada...

CARCELERO- Tienes al pueblo entero pendiente de tus labios.

RAMIRO- (Horrorizado.) ¿Qué pretenden, que les hable ahora?

CARCELERO- No. Quiero decir: pendientes de... (Señala la cicuta.) De que te los mojes, ya me entiendes...

RAMIRO- (Mira la cicuta con repulsión. Al CARCELERO.) ¿Y quién dices que hay ahí fuera?

CARCELERO- Apolodoro, Fedón y Critón. Y una muchedumbre.

RAMIRO- (Recordando.) Critón... ¿el del gallo? (Al CARCELERO.) ¿Cómo era aquello del gallo? Tú no te acordarás, ¿verdad?

CARCELERO- No sé de qué me hablas. Pero ¡decídetes, Sócrates! Cuanto antes te la tomes, menos sufres... Y en cuanto te la acabes, pasarán tus amigos a acompañarte en los últimos momentos.

RAMIRO- (Dudoso.) ¿Y me despertaré a tu lado?

CARCELERO- ¿Cómo a mi lado?

RAMIRO- Perdone usted. (Al PÚBLICO.) ¡Cuánto me cuesta el “usted” con mi mujer!

(Al CARCELERO.) Quiero decir que si me despertaré con Magdalena...

CARCELERO- Y ¿quién es esa Magdalena?

(Se oyen golpes en la puerta.)

VOZ de FEDÓN- ¡Maestro! ¿Podemos entrar ya?

CARCELERO (A la puerta.) ¡Un momento, Fedón! (Le pone a RAMIRO la cicuta entre las manos.) ¡Venga, Sócrates, bébetela de una vez! (Le empuja el tazón hasta los labios.)

RAMIRO- (Separa la cicuta y mira hacia la puerta.) ¿Se habrá ido ya Joa... Platón?

CARCELERO- Sí. Decía que se encontraba muy mal, y...

RAMIRO- ¿Y...? ¿Y Jantipa? ¿No va a volver?

VOZ de APOLODORO- ¡Maestro! ¿Te has puesto mi túnica?

CARCELERO- ¡Qué pesados! (Gritando hacia la puerta.) ¡Aún no está preparado, Apolodoro! ¡Ahora va! (Con impaciencia, a RAMIRO.) ¡Anda, Sócrates!

RAMIRO- (Angustiado, aparta el tazón con la mano.) ¡Cuánto siento hacerme esperar tanto! Y es que me viene grande el personaje... ¡Ni siquiera me acuerdo de lo del gallo de Critón...!

CARCELERO (Deja la cicuta, enfadado.) Pero ¿qué dices, Sócrates? ¡Tú eres el más grande! Pero éste no es momento para filosofar, sino para que te bebas la cicuta.

RAMIRO- Sí, eso sí, tiene usted razón.. Y al fin y al cabo, voy a despertarme... ¡Venga, dame la cicuta, y no se hable más!

(El CARCELERO se la tiende, y RAMIRO se la bebe de un tirón.)

CARCELERO (Emocionado.) ¡Éste es nuestro Sócrates, del que estamos tan orgullosos! Túmbate, maestro, ponte lo más cómodo posible... (Llorando, hipando y

limpiándose las lágrimas, le ayuda a tumbarse, y le ahueca el almohadón bajo la cabeza.) Ahora abro a tus amigos. ¿Qué tal te encuentras?

RAMIRO- (*Extrañado.*) Pues... ¡no me he despertado aún! Al contrario: me está entrando un sueño más tonto...

CARCELERO- (*Con unción, aparte.*) ¡Llama a la muerte despertar!

RAMIRO- Y se me hielan los pies... ¿No habrá por ahí una mantita?

CARCELERO- (*Se quita el manto y se lo echa por encima. Luego se dirige a la puerta, y la abre lentamente. El rumor que entra de fuera se acalla, respetuoso.*) Ya podéis pasar...

RAMIRO- (*Con la voz trabada por el sueño.*) Y ahora venía lo de Critón... ¿Qué sería...? Tenía relación con un gallo... (*La mano inerte le resbala del camastro y queda balanceándose a ras del suelo.*)

EPÍLOGO

(Mismo escenario del Acto I. RAMIRO. está tumbado en el diván, vestido con su túnica y sus sandalias.)

(Entran MAGDALENA y ENRIQUETA, la primera de negro, y la segunda de oscuro. Ambas dejan los bolsos sobre la mesa, y MAGDALENA además, una bolsa de pequeño tamaño. Ninguna parece ver a RAMIRO.)

MAGDALENA –Voy a abrir el paquete para que cojas un recordatorio, Enriqueta. (Saca un paquete de la bolsa, lo abre, y le entrega un cartoncito rectangular a ENRIQUETA, muy conmovida.)

RAMIRO- (Se da una vuelta. Entre sueños, pero en voz alta.) Te decía, Critón, que le debemos un gallo a Asclepio...

(Ni MAGDALENA ni ENRIQUETA dan muestra de haberle oído.)

ENRIQUETA (Lee el recordatorio a media voz.) “Ramiro Velasco Herralde murió el veintitrés de noviembre...” (A MAGDALENA, en alta voz.) ¡En fin, qué vida! Hace sólo una semana estábamos aquí los cuatro...

(MAGDALENA se sienta frente a la ventana, de espaldas al sofá. Se echa a llorar, y ENRIQUETA corre a abrazarla. Permanecen abrazadas y en silencio durante el siguiente monólogo de RAMIRO.)

RAMIRO- (Se despereza, bostezando.) ¡Por fin me he despertado! (Se incorpora y mira alrededor.) ¡Pero si estoy en el comedor! ¡Me he quedado dormido en el sofá! ¿Qué hora será? Y ¿qué pinto yo aquí? (Bosteza.) ¡Ay, qué cansancio! ¡Estoy molido! ¿Me habré puesto enfermo y por eso no he ido a trabajar? ¿O será domingo, y se me ha pasado el sábado sin enterarme? Porque, vamos a ver, ¿qué hice yo ayer? (Piensa unos instantes.) ¡Nada, no me acuerdo! ¿Y Magda, dónde estará? (MAGDALENA se va serenando, y se le escapa un suspiro hondo y entrecortado. RAMIRO mira hacia allá y descubre a MAGDALENA y a ENRIQUETA susurrando.) ¡Vaya! Está esa cotilla de Enriqueta. ¿Cómo no me habrá avisado Magda? (Sentándose en el sofá con sigilo.) Voy a ver si consigo salir sin que me vean...

ENRIQUETA- Magda, ¿quieres que te traiga un calmante?

(MAGDALENA asiente con la cabeza. ENRIQUETA se separa de ella y se da la vuelta, justo cuando RAMIRO se acaba de levantar del sofá. MAGDALENA y RAMIRO quedan frente a frente. ENRIQUETA se detiene, vacilante.)

RAMIRO- (Da un respingo, y luego se rehace.) ¡Vaya, Enriqueta! ¿Qué tal? He debido de quedarme aquí dormido y me pillas con unas pintas que...

ENRIQUETA- (Sin hacerle ni caso, a MAGDALENA.) ¿Los tienes en el bolso, verdad? (Se dirige a la mesa, deja ahí el recordatorio, y abre uno de los bolsos.)

RAMIRO- (Mirando su propia indumentaria, extrañado.) Unas pintas que... (Se coge la andrajosa túnica y la observa atónito.) ¿De dónde habré sacado yo esto?

ENRIQUETA- *(Coge un frasquito del bolso.)* Aquí están. Voy por agua... *(Sale rozando a RAMIRO al pasar, y sin reparar en él.)*

RAMIRO- *(Mira extrañado la puerta por la que ha desaparecido ENRIQUETA.)* Y ¿por qué no me saluda esa boba? *(Mira a MAGDALENA, que sigue dándole la espalda.)* Magda, ¿no te has fijado en que ni siquiera me ha mirado?

MAGDALENA *se vuelve de frente, inclina la cabeza y se pone a sollozar sonoramente, tapándose la cara con las manos.)*

RAMIRO- *(Se le acerca corriendo.)* ¡Magda! Pero ¿qué te pasa, criatura? *(Le pone la mano en el hombro. MAGDALENA solloza, sin verle ni sentirle.)* ¡Nena! ¿Qué tienes? *(Se arrodilla ante ella, e intenta cogerle las manos, pero MAGDALENA las mantiene tapándose la cara, y no parece sentir ninguna presión.)* ¡Magdalena, mírame, cielo! *(Mismo juego.)*

MAGDALENA- *(A lágrima viva.)* ¡Ay, Ramiro, mi Ramiro...!

RAMIRO- ¡Aquí estoy, mi vida, aquí estoy! *(La abraza por la cintura, y ella, sin darse por enterada, sigue llorando.)*

MAGDALENA- *(Se separa las manos de la cara y mira a RAMIRO.)* ¡Si yo pudiera verte...!

RAMIRO- *(Suelta a MAGDALENA Mira en torno, desolado, y descubre el recordatorio en la mesa. Lo coge y lo lee, aún de rodillas.)* Pero ¿qué es esto? *(Vuelve a leerlo, con expresión incrédula.)* Pero... ¿esto qué es? ¿Que yo me he muerto? *(Enfadado.)* ¿A quién se le ha ocurrido imprimir esta barbaridad? *(A MAGDALENA.)*

¿Por eso lloras? Pero ¿es que te lo has creído, tonta? ¿No me ves, que estoy aquí vivo, a tu lado? ¡Magda! (*Zarandea levemente a MAGDALENA, que se abraza los hombros con un escalofrío, pero no parece oírle.*)

(*Entra ENRIQUETA con el agua, se detiene ante MAGDALENA, casi pisando a RAMIRO, y le tiende el vaso y la pastilla.*)

RAMIRO- (*A MAGDALENA, cogiéndola de las muñecas.*) Pero ¿no me ves, nena? ¡Que no me he muerto!

(*MAGDALENA se seca los ojos con las manos, arrastrando tras de sí las de RAMIRO sin sentirlas.*)

RAMIRO- (*La suelta, desolado.*) ¡Magdalena!

MAGDALENA- (*A ENRIQUETA.*) Gracias. (*Coge la pastilla, se la toma y bebe agua.*)

ENRIQUETA- (*Saca un pañuelo del bolso, y se lo tiende.*) Toma. Anda, sécate los ojos. Dame esto. (*Le coge el vaso.*)

MAGDALENA- (*Conmovida.*) Enriqueta, no sabes qué sensación tan rara he tenido cuando te has ido a buscar el sedante... Me parecía que él... (*Se pone a llorar de nuevo.*) Que Ramiro estaba aquí, conmigo... (*Señala a RAMIRO, y casi le mete un dedo en el ojo. RAMIRO se echa hacia atrás, para evitar el golpe.*)

(*Empieza a bajar el TELÓN.*)

RAMIRO- Pero ¡es que estoy aquí! (*Se levanta, y zarandea a MAGDALENA, que se mantiene erguida en su silla sin notar la sacudida, mirando a ENRIQUETA Luego*

coge del brazo a ENRIQUETA, que tampoco parece sentir nada. Gritando.) ¡Estoy aquí! Pero ¿qué os pasa? ¿No me veis? (Coge a MAGDALENA y luego a ENRIQUETA, gritando desesperado.) ¡Que soy yo! ¿Es que no os dais cuenta de que soy yo?

ENRIQUETA- *(A MAGDALENA, con voz tranquila, sobre las voces de RAMIRO.) Es natural, Magda, no le des importancia. Esas cosas pasan a veces. Y más después de una desgracia tan repentina...*

*(Cae el **TELÓN**.)*